



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

Reflexiones alrededor de los procesos de cambio social en Argentina. El caso de los cartoneros

Débora Gorbán

Becaria Doctoral Interna del CONICET, Miembro del Área de Identidades y Representaciones del CEIL-PIETTE del CONICET, Docente de la Universidad de Buenos Aires.

Recibido con pedido de publicación: 14 de mayo de 2004

Aceptado para publicación: 19 de junio de 2004

Resumen

Reflexiones alrededor de los procesos de cambio social en Argentina. El caso de los cartoneros

Las crisis que atraviesan las instituciones tradicionales en nuestra sociedad ponen en evidencia la necesidad de analizar los procesos que hoy se dan por fuera y en contraposición a ellas. Entre aquellas instituciones el trabajo, y las formas organizativas a él asociadas, parecen no contener las expresiones de cambio que se suceden a su alrededor. En este marco nos proponemos realizar un ejercicio de reflexión en torno a una de estas “formas de expresión del trabajo” desde la discusión sobre el cambio social. En función de ubicar nuestro análisis, decidimos partir desde el concepto de marginalidad a partir de plantear las formas en las que fueron pensados los procesos de cambio y transformación social en América Latina y como hoy estas mismas categorías aparecen como insuficientes para dar cuenta de las particularidades de algunos de los procesos que atraviesa la Argentina, centrándonos en el caso de los cartoneros. Analizaremos las particularidades que esta actividad ha adquirido a medida que se han ido sucediendo las diferentes transformaciones políticas, sociales y económicas; específicamente a partir de la observación y análisis de los cambios que ocurren en el lugar de trabajo de aquellos: la calle.

Palabras clave: Argentina; cambio social; cartoneros

Summary

Thinking about social change processes in Argentina. The case study of cardboard pickers

Our traditional institutions are going through a crisis that points out the need to analysing the processes that take place today both, outside these institutions and against them. Among them labour, and the organisational forms associated to it, does not seem to assimilate the different change expressions around them. In this context, our objective is to analyse the different forms in which labour expresses, taking into account the discussions about social change. In order to locate our analysis, we decided to begin discussing the concept of marginality, as one way in which the processes of change and social transformation were thought about in Latin America. In addition to this, we sustain that today these same categories appear as insufficient to give account of the particularities of some of the processes that Argentina goes through, focusing on the case of cardboard pickers. In this sense, we will analyse the particularities that this activity has acquired as the different political, social and economic transformations have taken place in our country; specifically from the observation and analysis of changes that happen in their work place: the street.

Keywords: Argentina; social change; cartoneros

Introducción

Nuestras sociedades están cambiando, los parámetros que "ordenaban" las relaciones sociales, políticas y económicas parecen haberse desintegrado. La crisis que atraviesan las instituciones tradicionales pone en evidencia la necesidad de analizar los procesos que hoy se dan por fuera y en contraposición a ellas. Entre aquellas instituciones el trabajo, y las formas organizativas a él asociadas desde los tiempos de la *sociedad salarial* (o que encuentran su expresión más acabada en la sociedad salarial), parecen no contener las expresiones de cambio que se suceden a su alrededor.

En este marco, proponemos realizar un ejercicio de reflexión en torno a algunas de estas "nuevas expresiones del trabajo" desde la discusión sobre el cambio social, considerando que estas formas responden, en gran parte, a una transformación del mercado de trabajo consistente en una mayor flexibilización, precarización y pauperización de éste. En función de ubicar nuestro análisis en el debate sobre el cambio social, decidimos partir desde uno de los principales desarrollos teóricos latinoamericanos de la década del sesenta, un concepto acuñado en y desde nuestra problemática social: la marginalidad, como uno de los intentos por dar cuenta de las características de nuestra situación social, distantes de aquellas de los países centrales. No nos detendremos a desarrollar el amplio debate que se despliega en torno de esta categoría, sino que pretendemos, a partir de clarificar sus discusiones centrales, plantear las formas en las que fueron pensados los procesos de cambio y transformación social en América Latina y como hoy estas mismas categorías aparecen como insuficientes para dar cuenta de las particularidades de algunos de los procesos que atraviesa Argentina. De esta forma, nos centraremos en lo que consideramos una manifestación de diversos procesos de cambio: el caso de los cartoneros. Tampoco pretendemos generar una teorización sobre "el cambio social" sino que a partir de este caso, intentaremos identificar cómo ciertos procesos de cambio impactan en las prácticas y estrategias de estos trabajadores. Creemos que limitándonos a los enfoques propuestos por las teorías de la marginalidad se pierden de vista las dinámicas desarrolladas por estos sujetos que viven "del margen y al margen" de la sociedad.

En una primera parte entonces, realizaremos una breve síntesis de la discusión sobre la marginalidad tal como se desarrolló en América Latina entre los sesenta y los ochenta. En el segundo apartado especificaremos la mirada teórica que consideramos nos permite "desencorsetarnos" de análisis restringidos de los fenómenos de cambio, para ello realizaremos una breve referencia a la idea desarrollada por Charles Tilly sobre el cambio social. En el tercer apartado nos referiremos al surgimiento de la figura de los cartoneros y cómo ésta se relaciona con ciertas transformaciones surgidas al calor de una serie de políticas implementadas desde el Estado, dando cuenta de procesos que incluyen pero exceden la categorización de los mismos como marginales. En el cuarto apartado nos centraremos en las particularidades que esta actividad ha adquirido a medida que se han ido sucediendo las diferentes transformaciones políticas, sociales y económicas en el país; específicamente a partir de la observación y análisis de los cambios que ocurren en el lugar de trabajo de aquellos: la calle. Por último, finalizaremos con algunas reflexiones sobre el caso propuesto así como sobre las posibilidades explicativas de otras categorías complementarias del concepto de marginalidad.

I. ¿Cómo fue pensado el cambio social en nuestras sociedades?

La teoría de la marginalidad representó desde sus inicios un debate controversial en las ciencias sociales latinoamericanas, y aún hoy atraviesa nuestras discusiones teóricas. Especialmente, frente a la necesidad de pensar el proceso de constante deterioro del mundo del trabajo en Argentina, visible tanto en las altas tasas de desempleo y subempleo, la inestabilidad y precarización del vínculo laboral, así como en las formas alternativas de trabajo. Desarrollada entre los sesenta y los setenta del siglo XX, la teoría de la marginalidad surge ligada a la idea de modernización,¹ ya que desde esta teoría se

¹ Nos referimos a lo que Stompka describe como un tercer sentido de la idea de modernización. Éste sería el que se refiere a sociedades atrasadas o subdesarrolladas, que describe los esfuerzos de éstas por alcanzar los niveles de desarrollo de los países que lideran el mismo. Es decir, describe el movimiento desde la periferia al centro de la sociedad moderna. Estas teorías fueron producto de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial, contratando principalmente el Primer Mundo y el Tercer Mundo, alcanzando su período de mayor popularidad entre los años cincuenta y mitad de los sesenta, siendo muy criticada a finales de esa década y principios de los setenta. En América Latina, la teoría de la dependencia

pensaba a las sociedades latinoamericanas como sociedades duales en las que había un sector al margen del progreso –“tradicional”- y otro integrado a este –moderno”-. Así, se consideraba que aquellos que se encontraban en el sector “no integrado” al progreso eran marginados debido al hecho de que ellos no “participaban” plenamente en la sociedad, es decir se encontraban “al margen” de ella. En efecto, la transición de lo “tradicional” a lo “moderno” era un proceso histórico *necesario*, sin embargo aquella parte de la población que se desprendía de los elementos de la sociedad tradicional no lograba insertarse plenamente en la “moderna”. En este contexto, la solución propuesta para modificar su situación consistía en “integrarlos”, en generar acciones que les permitan formar parte de la sociedad modernizada.²

A su vez, esta primera versión del concepto de marginalidad estuvo vinculada a un fenómeno cada vez más presente en América Latina que tiene que ver con la construcción de barrios muy pobres y marginales en las grandes ciudades. De esta primer referencia urbanística del concepto, se pasó a considerar marginales a los habitantes de dichos barrios, reconociendo elementos de desintegración interna en los grupos sociales que tenían estas características (Supervielle, 2002). Como vemos, esta corriente dentro de la teoría de la marginalidad seguía pensando el cambio social en función de concepciones evolucionistas, como estadios necesarios en una línea de progreso hacia sociedades modernas.

Sin embargo, otro grupo de intelectuales comenzó un fuerte debate con esta idea “modernizadora” de la marginalidad. Éstos autores sostenían la falacia de dichas interpretaciones dualistas, donde una sociedad “tradicional” era el escalón anterior en el pasaje a otra “moderna”. Para esta otra vertiente, por el contrario, se trataba de una misma sociedad, heterogéneamente constituida sobre la base de relaciones y estructuras sociales de diverso origen histórico y de diferente carácter; articuladas globalmente en una única estructura de poder, en torno de la hegemonía del capital, que era la afectada por procesos de cambio. Para este segundo grupo, la “marginalidad” se originaba en los cambios en la estructura de relaciones entre capital y trabajo (Quijano, 1998). De esta forma, hablar de marginalidad implicaba adoptar una visión de conjunto de nuestra sociedad y de sus articulaciones internas, concebida en su relación con otras sociedades, y un planteo histórico-social de su surgimiento (Belvedere, 1997). De esta manera “lo marginal” era considerado una parte constitutiva del propio desarrollo capitalista, no como un “paso” en la evolución hacia sociedades “modernas” sino como el “reverso de la moneda” de un tipo específico de desarrollo. En este sentido, el continuo crecimiento de una población sin empleo e ingresos salariales estables, es un fenómeno producido por las propias tendencias globales del capital, cuyos efectos sobre la población trabajadora se agravan en las condiciones de una sociedad “dependiente” (Quijano, 1998).

Entre estas posturas, se destacan dos desarrollos: el de José Nun y el de Aníbal Quijano. Por un lado, el primero se proponía “situar teóricamente el tema de la ‘marginalidad’ a nivel de las relaciones de producción, con especial referencia al caso de los países capitalistas de América Latina” (Nun, 1969). Nun va a centrar su trabajo en diferenciar las nociones de “superpoblación relativa”, “ejército industrial de reserva”, y “masa marginal”, convirtiéndose esta última en el concepto clave de su análisis. Según el autor “(...) la masa marginal –en contraste con el ejército industrial de reserva clásico– indica ese bajo grado de ‘integración del sistema’, debido a un desarrollo capitalista desigual y dependiente que, al combinar diversos procesos de acumulación en el contexto de un estancamiento crónico, genera una superpoblación relativa no funcional respecto a las formas productivas hegemónicas” (Nun, 1969).

(Cardoso y Faletto, 1969) expresa parte de estas críticas a la vieja idea de la modernización, fundándose en el presupuesto de que el subdesarrollo latinoamericano no se deba sólo a factores internos sino en gran parte a constricciones externas y que por lo tanto era imposible que los países subdesarrollados alcanzaran alguna vez a los desarrollados siguiendo el mismo camino que estos habían seguido. (Sobre este tema ver Stompka, 1995 y Supervielle, 2002).

2 Como podemos observar, esta discusión resuena en el debate más actual exclusión/ inclusión, ¿es que seguimos prendados de viejas concepciones de la realidad social?. Debemos acordar con Tilly (1984), que los postulados perniciosos del siglo XIX, siguen estando presentes en nuestro análisis de los procesos de cambio actuales.

Por otro lado encontramos el planteo de Aníbal Quijano. De acuerdo con este autor esa mano de obra excedente tiende a formar un "polo marginal" en la economía: "un conjunto de ocupaciones o actividades establecidas en torno del uso de recursos residuales de producción; que se estructuran como relaciones sociales de modo precario e inestable; que generan ingresos reducidos, inestables y de incompleta configuración respecto del "salario" o de la "ganancia"; que producen bienes y/o servicios para un mercado constituido por la propia población de trabajadores "marginalizados"" (Quijano, 1998). Es decir, a través de la noción de *polo marginal*, el autor se refiere a un conjunto de actividades económicas, una red de roles y de relaciones sociales, un nivel de recursos y de productividad, una relación y un lugar dentro del poder capitalista, no una realidad aparte de él, sino un conjunto de vinculaciones específicas que se desarrollan dentro de una totalidad determinada.

Este debate se extiende desde los sesenta hasta los ochenta, encontrando en los desarrollos a los que hemos hecho referencia dos de los aportes más complejos sobre la teoría de la marginalidad, especialmente debido a que, como dijimos antes, los mismos partían de la realidad latinoamericana. Si bien la discusión no fue clausurada, es recién hacia mediados de la década de los noventa cuando la misma es re debatida a partir de los cambios en el tipo de modelo de desarrollo que generaron una profunda modificación en la estructura social, desestabilizando las vías existentes de integración que primaban durante los sesenta en Argentina. En efecto, el embate de la oleada neoliberal a estas tierras durante la década de los noventa, dejó un resabio de pobreza, hambre y miseria, modificando nuevamente el escenario socio económico de Argentina y otros países de América Latina. Como consecuencia del empobrecimiento y las transformaciones vividas por estas sociedades, desde algunos análisis sociológicos se volvió a discutir la marginalidad como una herramienta teórica que nos permitiera comprender los procesos de empobrecimiento y "exclusión" (Belvedere, 1997). Sin embargo, a pesar de las posibilidades de dicha herramienta creemos que no es suficiente en el intento por analizar la profundidad que alcanzan los procesos de pobreza, precarización y segregación que se extienden en gran parte de nuestras sociedades.

Como dijimos anteriormente, no pretendemos extendernos en una discusión teórica sobre las posibilidades y límites de dicha teoría- concepto (creemos que esta tarea sobrepasa ampliamente el alcance de este ejercicio) pero sí intentaremos dar cuenta de ciertos *procesos de cambio social* (Tilly, 1984) que atraviesan a la sociedad y que consideramos confluyen en la figura de los cartoneros.

Antes de adentrarnos en la especificidad del análisis propuesto, haremos una breve referencia a la crítica que Tilly esgrime en función de discutir las formas tradicionales en que es analizado el cambio en las ciencias sociales, explicitando dichas hipótesis como un punto de partida de nuestras observaciones sobre el caso que vamos a desarrollar.

I. El lastre de las viejas anteojeras

En su libro *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (1984), Tilly comienza con una inquietante advertencia respecto de los análisis tradicionales del cambio social: "hacia fines del siglo XX el siglo XIX aún domina las ideas existentes sobre la organización social" (1984: 16). Es decir que las principales ideas que han guiado y guían, los intentos por comprender el mundo en que vivimos han sido forjadas al calor del asombro y aturdimiento producido por los cambios y manifestaciones que ocurrían en los albores del siglo XIX. Según el autor aquellos procesos identificados por los intelectuales de esa época actúan como obstáculos para la comprensión de nuestros propios procesos. Es más, lo que Tilly denomina "ocho postulados perniciosos" responden a procesos que se produjeron en determinados lugares respondiendo a contextos específicos, así "las teorías de los estadios del cambio social presumen una coherencia interna y una normalización de las experiencias que desaparecen nada más observar la vida social real" (1984: 27).

Es por ello que coincidimos con el autor en considerar al cambio social, no como un proceso general, sino como "un término que engloba procesos muy diferentes entre sí y entre los que existen unas conexiones muy distintas unas de otras" (1984: 27). Es por eso que elegimos centrarnos en análisis de procesos acotados en el tiempo y espacio. Ya que según el autor no existe un proceso histórico fundamental sino que "en una etapa histórica concreta, ciertos procesos históricos específicos dominan los cambios que afectan a una población o región concreta" (p. 69). Y es en este sentido, que el autor afirma, y creemos, que "no hay cambio social en general. Existen numerosos

procesos a gran escala de cambio, la urbanización, la industrialización, la proletarización, el crecimiento de la población, la capitalización, la burocratización, todos ellos acontecen de formas definibles y coherentes. El cambio social no" (1984: 51).

De esta forma, nuestro caso de estudio se torna paradigmático puesto que si bien los cartoneros no son una figura nueva dentro del espacio social, han ido adquiriendo particularidades diferentes junto con los procesos de transformación social, económica y política que se sucedieron en Argentina en los últimos 30 años. Es por ello que consideramos que detener la mirada en estos trabajadores, su actividad, su contexto y sus particularidades nos permitirá ir develando algunos de los procesos a los que hemos hecho referencia y que detallaremos un poco más profundamente en el próximo apartado.

Cartoneros, la historia de un proceso

El surgimiento de la figura del ciruja o cartonero implica remontarnos por un lado, a las políticas públicas que desde el Estado, se fueron implementando en función de dar solución a la recolección y disposición de los residuos urbanos. Y por el otro, y al mismo tiempo, a los efectos de las políticas macroeconómicas aplicadas por los diferentes gobiernos civiles y militares en nuestro país, específicamente aquellas de corte neoliberal puestas en marchas a fines de la década del setenta y reforzadas en los noventa, las cuales modificaron drásticamente la estructura social del mismo. De esta manera, el trabajo de los recolectores se inscribe en esta compleja trama de procesos de transformación social y económica y de regulación del espacio público en la Argentina. Si bien este recorte no implica una relación causal entre ambos, creemos que, especialmente durante los últimos años de recrudescimiento de la crisis, las políticas que apuntan a regular la disposición de residuos y el nuevo cariz que adopta el conflicto en torno de ellas, se encuentra ligado a la existencia de un número cada vez más extenso de personas que encuentran en el cirujeo una alternativa frente al hambre.

Sin pretender ahondar en el análisis pormenorizado de dichas políticas, creemos necesario remontarnos tanto a sus particularidades así como a las consecuencias de su implementación para poder intentar comprender algunos de los procesos en los cuales se inscribe el (re) surgimiento de la figura del ciruja ó cartonero. Para ello en el primer sub-apartado nos referiremos al carácter de las políticas neoliberales que comienzan su reinado a fines de los setenta, para luego hacer un recorrido por la historia de las políticas destinadas a la disposición y regulación de los residuos urbanos en la Ciudad de Buenos Aires y como se relacionan con (y en muchos casos configuran) las prácticas de los cartoneros.

a) Convertibilidad y después: consolidación de un modelo desigual

Durante las últimas décadas, el mercado de trabajo en la Argentina ha sufrido no pocas transformaciones como consecuencia de los cambios en la dinámica económica a partir de las políticas de corte neoliberal. Consecuentemente la desigualdad en la distribución del ingreso y la pobreza absoluta se extendieron (Beccaria, 2002) producto de los constantes aumentos en las tasas de desocupación y subempleo, así como del deterioro de las remuneraciones que se acentuaban a medida que se consolidaban las reformas estructurales. En este sentido, los noventa fueron los años de afianzamiento tanto de las políticas de ajuste estructural como de sus efectos sobre la movilidad ocupacional en Argentina.

Las modificaciones en el mercado laboral, provocadas por la implementación del paquete de políticas neoliberales, implicaron no sólo cambios en la distribución de los puestos de trabajo, sino la destrucción de muchos de ellos. Básicamente las medidas que constituyeron el denominado Plan de Convertibilidad, eran de tipo monetarias y cambiarias, pero a su vez se completaban con otro tipo de medidas que afectaban importantes aspectos de la economía argentina (Aronskind, 2001). Las políticas puestas en marcha se proponían principalmente una "reforma del Estado" la cual apuntaba a una transformación en el cambio de las regulaciones y, fundamentalmente en esta primera etapa del Plan, hacia una política de privatizaciones que fue llevada a cabo en las empresas que hasta el momento se hallaban bajo la órbita del Estado. Al mismo tiempo se produjo una apertura de la economía que implicó grandes transformaciones para la estructura productiva argentina. Por un lado

esta se cristalizó en el cierre de numerosas pequeñas y medianas empresas así como en la desaparición de industrias que, frente a las nuevas condiciones del mercado, carecían de margen para competir con los productos importados. Por el otro, el cambio generado por dichos cierres conformó un nuevo escenario laboral en el cual el número de personas desempleadas llegó a conformar el 20 % de la población económicamente activa en 2002.

En efecto, durante los primeros años de aplicación de este conjunto de políticas, hubo una expansión significativa del empleo que parecía augurar la posibilidad de que la misma absorbiera el conjunto de desocupados así como de los subocupados. Sin embargo, este primer efecto de crecimiento se vio contrarrestado posteriormente por el aumento de la desocupación que en 1994 ya alcanzaba el 10 % de la población económicamente activa -PEA-³, y que en 1995, después del llamado “efecto tequila”, llegaría al 18 %. A pesar de la leve recuperación registrada entre finales de 1996 y principios de 1998, la tasa de desocupación no volvería a bajar de 12 puntos porcentuales, muy por el contrario, los primeros tres años del nuevo siglo fueron testigos de un nuevo aumento de la desocupación, que en mayo del 2002 llegaba a 21,5 % (EPH- INDEC⁴). Sin embargo, las cifras del desempleo no alcanzan a dar cuenta de la profundidad de las reformas y de las consecuencias de desigualdad, pobreza e indigencia que hoy caracterizan la estructura social de la Argentina.

Como mencionamos anteriormente, debido a la apertura comercial indiscriminada que se llevó a cabo, muchas empresas y sectores que no lograron *aggiornarse*, como las firmas pertenecientes a grandes capitales, desaparecieron. De esta forma, si bien se registraron altos niveles de productividad, los mismos fueron acompañados de una caída en el empleo y de la destrucción de capital. Por otra parte, otro fenómeno que se registra en tanto evolución del mercado laboral, es el aumento del trabajo en negro. Sobre todo, a partir de mayo de 1996 y mayo de 1998 el empleo total aumentó a una tasa anual del 6 por ciento. Sin embargo, dicho crecimiento se centró principalmente en ocupaciones asalariadas no registradas (Beccaria, 2002). Resumiendo, aquello que en un primer momento fue presentado (y experimentado por un segmento de la población) como los “beneficios del modelo”, terminó destruyendo la base productiva del país y en el mismo movimiento, erosionando la capacidad de la economía para crear empleos genuinos.

Al mismo tiempo, la debilidad para generar empleos no sólo se verificó en puestos de trabajo sin contratos o con contratos por tiempo determinado, sino que también se expresó en la creciente masa de empleos con remuneraciones por debajo de la línea de la pobreza (Boletín Escenarios Laborales, 2002).

En consecuencia, durante el período en cuestión el proceso de pauperización se acrecienta, y es verificado contundentemente en los últimos datos oficiales (EPH-INDEC- 2002). En Marzo de 2002, para el caso del Gran Buenos Aires (GBA), el 29,2% de los hogares se encontraban – y se encuentran- por debajo de la línea de la pobreza. Es decir, que no tienen ingresos suficientes para satisfacer -por medio de la compra de bienes y servicios- un conjunto de necesidades alimentarias y no alimentarias consideradas esenciales. Aún más, si estimamos la incidencia de la pobreza en la población del GBA de acuerdo a sus ingresos, la cifra trepa a un escandaloso 39,7% (Boletín Escenarios Laborales, 2002). Para octubre del 2002 la incidencia de la pobreza en hogares del GBA alcanzaba el 42.3 %, confirmando la tendencia creciente registrada en los últimos años, llegando en algunas ciudades del país al 75,7% de hogares pobres.⁵

De esta manera, a principios del siglo XXI, la Argentina se encuentra con un mercado de trabajo pauperizado, de bajos ingresos, altas tasas de desocupación y en el cual se acrecienta el número de ocupaciones precarias e informales. A su vez, la expansión de la desigualdad en los ingresos (Beccaria, 2002; Altimir y Beccaria, 2001) y la concentración del capital, atravesada por la

³ Si bien se considera que hasta este año el aumento del desempleo respondió al crecimiento de la oferta de trabajo, el mismo ya se instalaba como un grave problema social y económico. Al mismo tiempo, se debe tener en cuenta que la economía argentina salía de una profunda etapa recesiva que se encontraba frente a un proceso de expansión que, en principio, favoreció la creación de puestos de trabajo.

⁴ Encuesta Permanente de Hogares –EPH- del Instituto Nacional de Estadísticas y Censo –INDEC-.

⁵ En la ciudad de Concordia (Entre Ríos) el 75,7% de la población se encuentra en situación de pobreza, según datos del INDEC (febrero de 2003).

financierización de la economía, da como resultado la reducción de las posibilidades de acceder a un empleo genuino.⁶ Correlativamente, se han incrementado la cantidad de actividades ligadas a la supervivencia con bajas remuneraciones, lo cual ha significado la proliferación de trabajos como el de los cartoneros que encuentran en la calle su lugar de “comercialización” y su espacio de aprovisionamiento.

En el próximo sub-apartado repasaremos las políticas públicas que desde el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires se han llevado a cabo a lo largo de la historia en función de regular la disposición de los residuos sólidos afectando con ella, muchas veces, las posibilidades de trabajo de las personas que se dedican a la recolección informal de residuos.

b) Disposición de residuos urbanos: cuando la supervivencia es regulada

Muchos “mitos” se encuentran asociados al surgimiento de los cirujas o cartoneros; uno de ellos los relaciona con las primeras quemas de basura de fines del siglo XIX (Prignano, 1998). Hacia 1870 las autoridades de la ciudad de Buenos Aires, asignan un sitio oficial para la disposición y quema de los residuos a cielo abierto, con el fin de evitar una mayor contaminación y perjuicios a la salud de los habitantes, creando así el Vaciadero Municipal (Schamber y Suarez, 2002). Alrededor de este lugar se constituye un barrio marginal, cuyos habitantes vivían principalmente de la selección de residuos para la venta y el consumo. Cartoneros, cirujas, botelleros conformaban el espacio de la mendicidad, el oficio era practicado por los “marginales”, casi como una “forma de vida” (Gorbán, 2002), donde sus secretos eran transmitidos de padres a hijos (Saraví, 1994), alejados del mundo de la fábrica de obreros y operarios.

Con el tiempo, también se comenzó a utilizar la incineración en hornos o usinas en la Capital Federal con el fin de evitar los “depósitos” de desperdicios a cielo abierto; sin embargo en diferentes barrios, y sobre todo en el conurbano bonaerense, la quema tradicional siguió aumentando considerablemente, y con ella la población dedicada al cirujeo, sobre todo en uno de los basurales de la ciudad ubicado en el Bajo Flores (Schamber y Suárez; 2002). En este período se registran a su vez dos medidas que apuntaban a restringir la actividad de los cirujas. Una de ellas es una resolución de 1952, la N° 1157, que procuraba evitar el *chiffonage*, la separación y selección de los objetos mezclados con los residuos y el relleno de tierras bajas; la otra es un decreto del 24 de abril de 1942, que pretendía incorporar a los cirujas como jornaleros municipales en la selección y clasificación de los residuos en la usina.⁷ Si bien de carácter diferente ambas medidas apuntaban a establecer un control sobre la disposición de los desechos interviniendo así, ya sea de forma explícita o implícita, en la actividad de aquellos que al no contar con los recursos para sobrevivir, encontraban en la recolección de residuos su forma de subsistencia.

Entre estas formas de regulación de la disposición de los desechos y de “cuidado del medio ambiente”, se destacan tristemente las medidas implementadas durante la última dictadura militar en 1977 por la Municipalidad de Buenos Aires. El entonces intendente designado por la dictadura militar, Osvaldo Cacciatore dispuso a través de la ordenanza 33.581, la prohibición del cirujeo. Esta medida, acorde con la realidad de represión y muerte reinante en ese momento, se complementaba con la erradicación de barrios marginales, la creación de la Coordinación Ecológica Área

⁶ Si bien los indicadores correspondientes a las últimas mediciones del INDEC muestran un leve descenso de la Tasa de Desocupación así como un aumento tímida de la PEA, lo cual estaría señalando una leve recuperación de los índices de empleo, esto no alcanza a revertir el deterioro sufrido por el mercado de trabajo en la Argentina durante la última década. A su vez debemos tener en cuenta que los beneficiarios de los planes de empleo, entre los que se cuenta con 1,8 millón de personas en todo el país que reciben \$150 por mes, son considerados como ocupados, lo cual implica también una reducción en el número de desocupados. Este plan si bien ha colaborado a paliar la indigencia no es todavía suficiente para ayudar a esas familias a salir de la pobreza.

⁷ En ese año la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires se proponía organizar un servicio de selección y venta de los residuos recolectados de los basurales de su distrito. A través de esta medida se procuraba no perturbar la situación de los cirujas “...deberá contemplarse la situación de las numerosas personas que hoy se ocupan de seleccionar y vender residuos, comúnmente conocidas como “cirujas”, quienes tiene en tal actividad su medio común de vida y podrían agravar el problema de la desocupación al quedar sin trabajo” (Decreto del Intendente Municipal del 21/04/1942, citado por Schamber y Suarez, 2002)

Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE), los rellenos sanitarios y la transferencia de los costos de la recolección a los vecinos y municipios (Schamber y Suárez, 2002). Junto con estas medidas, el “negocio de la basura” se hizo más atractivo para los grandes grupos económicos, ya que la disposición y manejo de los residuos quedaba excluida de las administraciones municipales, teniendo éstas que contratar los costosos servicios ofertados por las empresas privadas.

Durante sus largos años de vigencia la normativa que prohibía el cirujeo fue utilizada por policías y funcionarios para detener a los cartoneros, confiscar sus carritos, secuestrar sus cargas o incendiarlas. Sucesivos gobiernos, democráticos, pasaron por alto la derogación de esta ordenanza y en diversos casos continuaron aplicando una política de erradicación, exclusión y prohibición de dicha actividad. No es sino hasta el 2002 que la relación entre el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y los cartoneros comienza a adoptar un matiz diferente. Desde dicho año, la “cuestión cartonera” se instaló en la agenda pública a raíz de su creciente presencia en las calles y medios de comunicación de Buenos Aires; es así como, a partir de las diferentes presiones sobre todo de cartoneros y asambleas, comienza a dejar de considerárseles un problema a ser desterrado para pasar a incorporarlos como sujetos de una ley (Ley N° 992) que apuntaría a regular la actividad para garantizarles mejores condiciones de trabajo. Dicha ley surge fundamentalmente con el objetivo de regular no sólo la actividad de los cartoneros y los residuos urbanos sino también la disposición del espacio público, ya que en la misma se estipula quiénes pueden trabajar en la calle, qué tienen permitido hacer y qué no. Podríamos decir que se trata de un intento de ordenar, desde lo legal, las consecuencias que las transformaciones económicas y políticas tuvieron en la sociedad.⁸

En efecto, desde principios de 2000 el cartoneo o cirujeo registró un importante crecimiento, que se hizo especialmente visible en las calles de la ciudad. La desarticulación del sector industrial, supuso la desaparición del lugar desde el cual los trabajadores no sólo accedían a los beneficios económicos de la relación salarial, sino también desde donde se integraban a la sociedad.

A fines de 2001, la devaluación del peso y la consecuente disminución de productos importados repercutió en un aumento considerable del precio de materiales reciclables como el papel, el cartón, el aluminio, el vidrio y el plástico, generando condiciones favorables para el negocio del reciclado de la basura. El precio del papel se triplicó desde diciembre al ritmo de la devaluación, las papeleras fueron unas de las grandes afectadas por este fenómeno y se abocaron a la compra de desechos de papel para reciclar. Así, frente a las ruinas de aquel modelo productivo de país, aquellos que hasta hace poco gozaban del casi extinto privilegio de ser obreros de fábricas metalúrgicas, textiles, de calzado, comenzaron a integrar la larga fila de sombras que poblaron las calles de la Ciudad de Buenos Aires y de otras grandes urbes, en busca de la supervivencia. Si bien no se poseen cifras exactas,⁹ a principios de 2002 se estimaba que 30.000 cartoneros llegaban diariamente a la Capital, a su vez una investigación realizada entre mayo de 1998 y 2002 sostiene que el empleo informal que más creció fue el de los “cartoneros”.¹⁰

Como la del cartonero, viejas actividades de supervivencia se transforman. La ciudad también cambia, la legislación que regula la actividad y el uso del espacio se modifica, y a su vez hay nuevos actores que presionan. La calle se transforma con el gran número de personas que salen a recolectar residuos, y con ella las leyes que reglamentan el “negocio de la basura”. En muchos casos llegando a desplazar a los cartoneros de su actividad, prohibiéndola, o hasta “regulando” la misma bajo nuevas formas de “contratos”, decretos y leyes que involucran directamente a estos trabajadores y su fuente de subsistencia.

⁸ Si bien esta ley fue sancionada bajo un espíritu distinto que la de épocas anteriores, la misma es objeto de fundadas críticas, que no vamos a detallar en esta oportunidad, por parte de algunas organizaciones de cartoneros y asambleas que trabajan en conjunto con ellas.

⁹ De acuerdo a una investigación realizada conjuntamente por Francisco Suárez (Universidad de General Sarmiento) y Pablo Schamber (Universidad de Lanús), dirigida por, se han registrado, en 1998, según proyecciones realizadas para el Área Metropolitana a partir de un relevamiento en los partidos de José C. Paz y Malvinas Argentinas, unas 5.000 personas (25.000 incluyendo sus familias) que perciben ingresos de la recolección informal de residuos.

¹⁰ Según datos del informe realizado por la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Católica dirigido por Agustín Salvia. La investigación comprende el período que va de mayo de 1998 a mayo de 2002.

I. El lugar de trabajo expresión del cambio

A lo largo de la historia, el trabajo ha ido reflejando las diferentes transformaciones sociales y económicas que se sucedían. Distintas maneras de organizar el trabajo, diversas actividades y oficios, distintas formas de asociación de los trabajadores, una sucesión de leyes y derechos del trabajo. No pensamos en esta sucesión de hechos como un procesos evolucionista del trabajo y la sociedad, ya hemos aclarado en un apartado anterior nuestra posición al respecto. Pero si podemos decir que han existido mejoras en las condiciones de los trabajadores y el trabajo como relación social, producto de las conquistas de la fuerza de sus asociaciones, en un período determinado de la historia occidental, cuando el trabajo cumplió el papel de gran integrador social durante el apogeo de la “sociedad salarial” (Castel, 1997). El espacio del trabajo se fue delimitando entre las paredes de la fábrica, la cual no sólo cobijaba a los obreros y las tareas que estos desarrollaban, sus herramientas, sus conflictos, sino también a las “leyes” que los controlaban y regulaban en sus puestos, frente a la máquina y al patrón. Al mismo tiempo, este ámbito simbolizaba los beneficios obtenidos de la relación salarial, que a su vez les permitía acceder a otro tipo de espacios: el de esparcimiento, el de tránsito, el de juego.

Sin embargo, como ya hemos dado cuenta en el apartado anterior, el mercado laboral argentino se ha transformado producto del quiebre del modelo de acumulación que antiguamente posibilitó la construcción de relaciones sociales estabilizadas. Entre otras cosas, dichas transformaciones significaron la expulsión de trabajadores de sus puestos de trabajo y la imposibilidad de conseguir nuevos. Como consecuencia un número cada vez mayor de personas perdió sus fuentes tradicionales de ingreso encontrándose frente a la necesidad de buscar otras alternativas. En este contexto, la calle se constituyó en un espacio dentro del mercado laboral que parecía abrir sus puertas a los trabajadores desempleados. Así, el trabajo de los cartoneros aparece como una de las formas diversas que hoy hacen de la calle su lugar de trabajo.

La calle de los cartoneros:¹¹ un lugar resignificado

Como dijimos anteriormente, hace mucho tiempo que esta actividad transita las calles de Buenos Aires, sin embargo, la misma ha ido cambiando, al ritmo de las transformaciones antes mencionadas. Y junto a ella se ha modificado el espacio- calle y las relaciones que comienzan a entrelazarse alrededor de la práctica cartonera.

No sólo el número de personas que se dedican a juntar papeles y cartones ha aumentado, ya no son sólo los mendigos o vagabundos los que salen a recolectar desechos, sino ex empleados; ex operarios, ex albañiles trabajadores de oficio, acostumbrados a gozar de los beneficios de un salario y a reconocerse en una actividad. También muchas mujeres se vieron obligadas a salir carrito en mano dejando de lado la vergüenza de ser escrutadas por ojos extraños para juntar lo poco o mucho que las calles puedan darles. Para ellas, el cartoneo representa la única opción posible a la hora de encontrar un sustento que reemplace el ingreso que desaparece junto con el empleo de sus cónyuges o con la reducción de sus salarios:

Con estos nuevos trabajadores, que le imprimen a la actividad las particularidades de su propia historia, encontramos una ciudad que se modifica, para ellos y para los otros que siguen utilizando sus calles solamente para ir y venir de un lado a otro. Para los cartoneros ésta les otorga los recursos que ya no encuentran en otro lugar. El espacio público en este sentido les permite armarse no sólo de desechos, “mercadería”, sino que también les permitirá “tejer” relaciones que se constituirán como parte de una práctica de sobrevivencia.

De esta manera, van estableciendo diferentes relaciones en su tránsito por esta actividad que se constituyen en elementos fundamentales del mismo proceso. Como distintos y diversos componentes, se conjugan para dar forma al trabajo de los cartoneros. La calle se transforma en su

¹¹ Nuestra investigación se sitúa en la experiencia de aquellos que recorren los barrios de Colegiales, Belgrano y Palermo, y utilizan el “Tren Blanco” para acceder a su lugar de trabajo. La elección se torna paradigmática ya que dicho tren es el primer convoy de furgones de la Ciudad de Buenos Aires puesto en funcionamiento para transporte de los trabajadores de la localidad de José León Suárez que diariamente vienen a la Capital a recolectar material reciclable.

espacio, su territorio, en su lugar de trabajo, y cómo tal lo comparten con otros oficios y actividades, con vecinos y transeúntes.

Los cartoneros de distintas zonas se cruzan en sus recorridos por los barrios, a veces en el mismo horario. Recolectores “formales”; vendedores ambulantes; transeúntes; porteros; la policía y en los últimos años assembleístas, conforman parte del elenco que todos los días circulan por las calles de los barrios donde los cartoneros trabajan. Cada una de estas “intersecciones” en el lugar de trabajo tienen implicancias distintas para los cartoneros, transforman viejas prácticas y desarrollan nuevas.

En algunos casos se tejen relaciones de cooperación aún cuando ambos compartan el mismo objetivo de trabajo, como en el caso de los recolectores formales. Sin embargo, muchas veces éstas también están teñidas por la ambigüedad, donde la cooperación se cruza con el conflicto. En muchas oportunidades, ambos “recolectores” se enfrentan por el papel y el cartón, para los dos significa parte de su ingreso diario. Así, se puede ver la cotidiana batalla por el papel en las calles de la ciudad, entre empleados de magros salarios y desempleados sin ingresos. Pero el enfrentamiento más grande es entre las empresas de higiene urbana y los cartoneros. Éste estalló en el 2002 debido a la caída en la recolección de residuos domiciliarios registrada durante ese año la cual, según afirman los responsables de las principales recolectoras, se encontraba relacionada con la actividad de aquellos. Sobre todo a partir del aumento del papel tras el “efecto posdevaluación”, el “negocio de la basura” se hizo más tentador para todos los componentes del circuito, impulsando, además la incorporación de algunos otros.

Como ésta, otras de las relaciones entabladas por los cartoneros en su recorrido de trabajo, también se tiñen de ambigüedades. Así como algunos vecinos les ofrecen su solidaridad y confianza, otros los miran con desprecio y temor, y asocian su presencia con la sucesión de delitos en el barrio. Algunos vecinos pudieron dejar la discriminación a un lado estableciendo una suerte de acuerdo implícito con ellos por el cual les reservan diarios viejos y a veces algunos otros objetos en desuso. Pero sobre todo a partir de la práctica de la Asamblea¹² y de su acercamiento y apoyo a los cartoneros, ellos perciben un mejor trato y aceptación por parte de los vecinos.

De esta manera, en el conflicto y en la cooperación se van configurando relaciones que modifican las prácticas de “viejos” y “nuevos” cartoneros. Su trabajo es atravesado por otros conflictos y solidaridades en un espacio, la calle, que también es transformado por estas relaciones y es a su vez un elemento co-constitutivo de aquellas prácticas, como configurador de relaciones entre los sujetos que en él se encuentran.

Al mismo tiempo, las características de este espacio de trabajo nos lleva a preguntarnos: ¿Cómo se organiza el trabajo en un espacio aparentemente indefinido?, ¿cómo se determina el lugar de cada uno en un espacio que “es de todos pero que no es de nadie”?

La actividad de los cartoneros implica la delimitación de un ámbito sin límites aparentes, sin reglas, sin patrones, sin protección. La calle no brinda los privilegios o comodidades del viejo trabajo perdido dentro de un mismo espacio, sino que representa un movimiento constante. Mas allá de la permanencia en el mismo recorrido es un escenario cambiante, impredecible. El ruido del tránsito, el calor en verano, el frío en invierno, la lluvia, las máquinas arreglando el pavimento, y caminar cuerdas interminables con el peso de los carros en la espalda es, en el mejor de los casos, incómodo. Esta ausencia de límites precisos adquiere, en la dinámica del trabajo que desempeñan una configuración particular. La calle es una y muchas al mismo tiempo, el trayecto de cada trabajador es atravesado por el de otro, en una casi natural armonía. Las zonas, parecen ser trazadas imaginariamente por ellos. Cada uno tiene la suya, así están distribuidos. El espacio se divide en una cantidad de recorridos que parece infinita, cada uno lo transita con su carro, a veces solo, otras con algún integrante de su

¹² Nos referimos a las tareas de las Asambleas barriales de Palermo Viejo y Colegiales, surgidas en diciembre de 2001. Éstas han realizado diversas actividades en el barrio con los cartoneros, entre ellas podemos mencionar la campaña de vacunación anti-tétanos, la colecta de alimentos y ropa para Tucumán, la información en el barrio sobre las tareas de los cartoneros.

familia, o con todos. Esta distribución es respetada en general, por todos los que viajan en el Tren Blanco,¹³ entre ellos saben a quien le corresponde cada cuadra, cada manzana.

Las reglas son claras, por lo menos para los que comparten el mismo espacio día tras días, cada uno un recorrido. De esta forma se puede observar entre los cartoneros, una “red” de relaciones que evidencia una estrategia organizativa en torno al ejercicio de su actividad que comprende la defensa del espacio, la forma en que el mismo es utilizado y el acceso a él.

Sin embargo, para los cartoneros la distribución de sus espacios de trabajo, ya sea entre ellos, con la policía, el gobierno, o las empresas recolectoras, también se constituye en uno de los principales puntos de conflicto. Como mencionamos anteriormente, entre los pasajeros del Tren Blanco, la distribución de recorridos parece estar coordinada. Sin embargo, para algunos, las diferencias aparecen en el momento en que se incorporan “otros” a la recolección. El crecimiento del número de personas dedicadas a esta actividad desarticula la organización previa de aquellos que salieron casi al principio de la crisis en 1999, cuando la cantidad de cartoneros que venían en el tren no pasaba de 60 o 70.

La convivencia con otros cartoneros se vuelve conflictiva, los nuevos y los desconocidos no respetan las reglas y códigos establecidos, el trabajo se vuelve más complejo e incluso se pone en riesgo la relación de confianza que tanto costó soldar con los vecinos del barrio. Encontrar una solución parece difícil. Algunos, los más viejos, intentan “capacitar” a los jóvenes e inexperimentados, mostrándoles la forma de abrir una bolsa sin dejar residuos en la vereda que signifiquen un conflicto que les obligue a abandonar la zona.

Pero no son solamente los cartoneros los que imponen reglas, el control es ejercido también desde ordenanzas y leyes diversas que no necesariamente se refieren al trabajo de los cartoneros, y los vacíos legales que todavía existen respecto de esta actividad muchas veces redundan en la aplicación de reglas destinadas a “ordenar” el tránsito y uso del espacio público.¹⁴ Entre estas reglas se produce una intersección en la cual el lugar y la actividad, muchas veces están regidos por una disciplina que excede el proceso de trabajo. La prohibición de arrojar basura en calles, veredas, u otro sector de la vía pública muchas veces redundan en una excusa legal para que la policía decomise carros o lleve presos a los cartoneros.

De esta manera, la calle se vuelve un lugar de disputas y de relaciones, espacio de trabajo para un grupo de trabajadores, hecho que para otros (Gobierno, vecinos, empresas) implica la necesidad de ordenar ese mismo espacio, de hacerlo “predecible”, de “delimitarlo” a través de reglas y sanciones (Busso y Gorbán, 2003a). Pero para los primeros ese espacio se transforma, ya no es sólo *espacio* de se vuelve *lugar*, de relaciones, de historia y de identidad (Augé, 1995). Tener un lugar, ocuparlo, apropiarse de él, es lo que les permite proyectarse como trabajadores, y es en este sentido que el espacio aparece como constructor de identificaciones. Así, la calle se constituye como un espacio conflictivo, de enfrentamientos y negociaciones, donde se constituyen y reproducen relaciones de poder (Busso y Gorbán, 2003a, 2003b).

A modo de nuevas aperturas

De esta manera, vemos como diversos procesos se desarrollan alrededor de una forma de trabajo particular. No sólo la actividad de la recolección informal como tal representa una respuesta frente a determinados procesos de cambio, sino que ella misma a partir de sus propias transformaciones, como las que se suceden en función de la mayor cantidad de gente que la practica,

¹³ La distribución de las zonas en la Ciudad de Buenos Aires, se corresponde en parte con el medio de transporte en el cual acceden los cartoneros, la mayoría de ellos viven en distintas localidades de la provincia de Buenos Aires y acceden a la Capital a través de los distintos ramales ferroviarios. Las zonas más codiciadas, como el micro centro, y los barrios más comerciales como Once, parecen ser exclusividad de camiones de depósitos o papeleras que compran el cartón y el papel a los cartoneros. Sobre este punto ver Gorbán, D. 2002, *op. cit.*

¹⁴ Recién en diciembre de 2002 fue sancionada la ley 992 en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, a través de la cual se incorpora a los cartoneros, bajo el nombre de *recuperadores de residuos reciclables*, a la recolección diferenciada en el servicio de higiene urbana vigente. Al mismo tiempo se derogan las ordenanzas que prohibían el trabajo de los cartoneros, y se establece un registro único de recuperadores.

repercute de diferentes maneras en la sociedad, generando nuevos procesos. Y no sólo eso, sino que a partir de la acción de los cartoneros, la figura de “lo marginal” se transforma. La visibilidad de este fenómeno, la magnitud del mismo, las articulaciones surgidas a su alrededor (la relación con las asambleas, las diferentes formas organizativas que comienzan a surgir entorno de este trabajo, etc), las pequeñas conquistas conseguidas por aquellos que se dedican a esta actividad (la derogación de la ordenanza N° 33.581, la vacunación gratuita contra el tétanos) nos obligan a pensar nuevas categorías que analicen estos procesos. Incluso, ponen en tensión dicho concepto, ya que el mismo encierra una connotación peyorativa que aparecería como “condenando” a aquellos que así son nombrados, restándoles capacidades de transformación y de “cambio” de su propia situación.

Los “marginales” de hoy son los trabajadores obreros de ayer. Los cartoneros representan esta figura. Sin embargo, pensar en término de marginalidad nos permite precisar las condiciones en las cuales se origina esa “masa marginal” (Nun, 1969). También podemos determinar “un conjunto de vinculaciones específicas” que utilizan recursos residuales, que estructuran relaciones sociales precarias e inestables, que producen bienes y servicios para esa misma población marginal, siempre dentro del poder capitalista.¹⁵ (Quijano, 1998). Sin embargo, no nos permite analizar las relaciones y particularidades que se dan dentro de dicha “población marginal”, es decir cómo se transforma, qué estrategias desarrollan estos trabajadores “marginales”, que sucede con aquellos que pasan de la fábrica a la calle.

De todas formas, creemos que existen otras categorías que pueden ayudarnos en el análisis de las dinámicas desarrolladas por estos sujetos que viven “del margen y al margen” de la sociedad. Pensar en términos de los procesos de construcción identitaria de estos trabajadores, nos coloca frente a los procesos de cambio a nivel de la subjetividad, y a su vez, en conjugación con otros elementos (la historia, la experiencia, el espacio) nos permite apreciar diferentes procesos de cambio que se condensan en las construcciones subjetivas.

Bibliografía

Altimir, O. y Beccaria, L. (2001): “El persistente deterioro de la distribución del ingreso en la Argentina”, en *Desarrollo Económico*, N° 160, Buenos Aires.

Aronskind, Ricardo (2001): *¿Más cerca o más lejos del desarrollo? Transformaciones económicas en los '90.*, Serie Extramuros. Buenos Aires: Libros del Rojas UBA.

Basualdo, Eduardo (2001): *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976-2000)*, Bernal: Universidad Nacional de Quilme Ediciones.

Beccaria, Luis (2002): "Empleo, remuneraciones, y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX" en VV.AA. *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires: UNGS y Biblos.

Belvedere, C., (1997): "El inconcluso proyecto marginalidad", en *Apuntes de Investigación*, N° 1, octubre.

Busso, M. y Gorbán, D. (2003 a): “Viejas pero novedosas formas de supervivencia: trabajar en la calle. Cartoneros y feriantes después de la “oleada neoliberal”. Ponencia presentada en el VI Congreso de la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo -ASET- "Los Trabajadores y el Trabajo en la crisis", Agosto de 2003, Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Publicación electrónica disponible en CD.

Busso, M. y Gorbán, D. (2003 b): “Resignificaciones identitarias en un difundido, difuso y conflictivo espacio de trabajo. Cartoneros y feriantes en calles argentinas.” Ponencia presentada en el XXIV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología “América Latina: por un Desarrollo Alternativo”, Arequipa-Perú, 4 al 7 de Noviembre. Publicación electrónica disponible en CD.

¹⁵ En este caso, creemos que la actividad de los cartoneros no respondería a las características que Quijano le imprime al “polo marginal”.

Carpio, Klein y Novacovsky (comp.)(2000): *Informalidad y exclusión social*. Siempro, Buenos Aires: FCE.

Castel, Robert (1997): *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires: Paidós.

Fassin, D. (1996a): "Marginalidad et Marginados. La construction de la pauvreté en Amérique latine", en Serge Paugam (comp.), *L'exclusion, l'état des savoirs*, Paris: La Decouverte.

Gorbán, Debora (2002): "Cartoneros y cirujas: trabajadores en la basura". Ponencia presentada en las II Jornadas de Comunicación y Cultura. El trabajo en la construcción de la identidad, Universidad Nacional del Comahue.

Marín, Juan Carlos, Murmis, Miguel y Nun, José (1968): *Acerca de la marginalidad en América Latina*. Informe preliminar, Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, Buenos Aires, diciembre.

Nun, José (2000): *Marginalidad y exclusión social*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Nun, José (1968): "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", en: *Revista Latinoamericana de Sociología*, 69-2, pp. 178-236.

Prignano, Ángel (1998): *Crónica de la basura porteña*, Buenos Aires: Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.

Quijano, Aníbal (1998): "'Marginalidad' e 'Informalidad' en debate", en *La economía popular y sus caminos en América Latina*, Lima: Mosca Azul.

Saraví, Gonzalo (1994): "Detrás de la basura: cirujas. Notas sobre el sector informal urbano", en *La Informalidad Económica*, Bs. As: CEAL.

Schamber, P. y Suárez, F. (2002); "Cirujeo y gestión de residuos. Una mirada sobre el circuito informal del reciclaje en el conurbano bonaerense, en *Realidad Económica*, número 190, Buenos Aires.

Supervielle, Marcos (2002): "De la Marginalidad a la Exclusión Social (un recorrido teórico)". Secretaría de prensa y propaganda. AEBU (Asociación de Bancarios del Uruguay), Montevideo, noviembre.

Sztompka, Piotr (1995): *Sociología del cambio social*, Madrid: Alianza Editorial.

Otras referencias

Boletín Escenarios Laborales (2002). Publicación electrónica de los Becarios del CEIL-PIETTE del CONICET disponible en www.ceil-piette.setcip.gov.ar